

NOTAS DE LA SEMANA

Aficionados: enviad vuestras fotografías de asuntos regionales a esta Revista, que los publicará con agrado. Queremos coleccionar en estas páginas todas las manifestaciones artísticas del solar conquense. Contribuir a su divulgación, es una labor de sano regionalismo.

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega a todos los Centros de Cultura y Casinos de España, por lo que el anuncio adquiere extraordinaria publicidad y provechosos beneficios.

Basta de digresiones, Juan caviloso, y enterémonos de cuanto a nuestro alrededor acontece. Te fijarías, al arrancar la hoja del lunes, que le empujaba un martes y trece. ¿Eres supersticioso? Las cosas de Merlin y Nostradamus, siempre las he tomado a chirigota.

Habrán llegado a esa apacible soledad como a tantas otras, los alocados estudiantes, ávidos de hartarse de buenos bocados hasta desechar las hambres atrasadas de la escatimadora patrona cortesana. Vacaciones, qué vocablo más jubiloso para los escolares. Trasciende a ahoroto, a libertad...

El ministro de Fomento, antes de levantar los manteles de un banquete, nos ha ofrecido nada menos que cien millones, para mejorar los montes y los servicios forestales. No es mala la noticia, ¿verdad?

De menudencias sociales, la semana ha carecido de interés. Una función a beneficio de La Fraternal, los concurridos tés *dansant* del Gran Hotel, una exposición fotográfica de la casa Kodak en los salones de La Constancia, la posesión del gobernador militar, y la muerte del veterano médico de Sotos, tan querido de aquellas rústicas gentes, D. Jorge Almagro.

En la reforma de la división judicial, hemos perdido un puesto. La histórica villa de Belmonte se queda sin Juzgado.

Las trasnochadas hay que matarlas en el

cine, cada día más interesante y concurrido. Llopis y el abogado López Malo están haciendo la maleta para París y, cómo no, charlarán con D. Santiago.

Bodas a noventa días, algunas. Está todo tan malo. No conocéis a la redicha señora de las tres Ces. Tenía una monada de chica casadera. Ella anhela un yerno; primeramente decía: ¡Ciencia, ciencia!, verbi gracia, un ingeniero. Después, se conformaba con el Comercio..., y luego ya Carreras especiales...; todavía no es suegra y ya sueña en otra c...

Y aquí hago alto, lector paciente, alegrándome de tu buena salud y de tus soñadas aspiraciones a ser rico. El gordo está al caer. Una montaña de dinero también aplasta, que se es feliz tan solo queriendo serlo.

X. X. X.



De la Ventilla a Margarita

Humoradas

¡Martes y trece... qué día. Yo no soy supersticioso, mas lo pasó caviloso por si algo me acontecía. Y con mis dudas y más, después de tanto temer, pues pasó el día de ayer, lo mismo que los demás.

Serviteur no va a París, ni con Rodolfo, ni Malo, me quedo amarrado al palo en mi tranquilo país. Volverán de aquí a unos meses, contándonos mil empresas; ¡oh mon Dieu!, serán franceses, adorando a las francesas. Y mientras el alba allí les sonría junto al Sena, yo leo del gran Massena las hazañas que hizo aquí.

Si debes a la patrona, al tomar las vacaciones, tú, como buena persona, pues le darás... expresiones, si es que la bolsa no sona.

El Tío CORUJO.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE UNAS MEDIAS AZULES



VER tarde, en medio de la muchedumbre que transitaba por la Gran Vía, surgió de pronto, como un relámpago, como un grito de color —pasad la frase— una cosa azul, rabiosamente, agriamente, azul. Eran las medias de una mujer.

Como iba bien alhajada y como se tocaba con uno de esos sombreros que ahora están de moda, me figuro que no era una pobre muchacha de pueblo, engañada por un mereero alevé, sino una elegante que se había calzado las medias aquellas conscientemente, con premeditación; una elegante de vanguardia —como diría Guillermo de Torres— que anunciaba el alborar de una moda nueva: la moda de las medias de color firmamento.

Citar, con motivo de esta visión que yo tuve ayer en la Gran Vía, a Herbert Spencer, puede ser que le parezca al lector inconsecuente y alarmante; pero si no le asustura demasiado, si tuviera paciencia para seguir leyendo, le daría un resumen de la teoría de la moda formulada por el filósofo inglés, que ayuda a explicarme el caso de las medias de color de añil y otras semejantes.

La moda —dice Spencer— es una imitación de los vestidos, de las costumbres y de las maneras de los poderosos. El joven salvaje, por ejemplo, se hace marcar en el cuerpo; se hace tatuajes para imitar las cicatrices que tienen los guerreros de su tribu; el «highlan der» (escocés de las montañas), adopta el «plaid» porque ve que el jefe de su clan lo lleva... En los orígenes de una sociedad es muy conveniente esto de que las gentes imiten a los grandes, a los poderosos, porque entonces los grandes son los hombres más fuertes, más inteligentes y de carácter más original que hay en el grupo.

Sus costumbres y sus gustos son los mejores; de modo que es ventajoso que se copien por los demás. Pero, andando el tiempo —sigue diciendo Spencer— esta forma de autoridad, la moda, se corrompe, como se corrompe las demás.

Ya no la ejercen las personas verdaderamente superiores, sino «disipadores, vagos, modistas, sastres, vividores y cocotas», individuos que no tienen ni más fuerza de carácter ni más inteligencia, ni mejor gusto que el resto de los mortales; que tienen menos. ¿Por qué se les considera como una selección? Porque ellos lo proclaman. ¿Por qué dictan las ordenanzas del buen tono? Porque son inmensamente osados.

Sin embargo triunfan. Su insolencia les da buen resultado. Las gentes les obedecen servilmente. Así, concluye Spencer, «lejos de aproximarnos por un progreso continuo a un ideal de elegancia y de armonía, como sucedería si se copiaran las maneras de las gentes verdaderamente superiores, o si cada uno no escuchase más que a su sentimiento de las conveniencias, vemos reinar el puro capricho, la insensatez, el amor al cambio por el cambio, que nos hace oscilar locamente de un extremo a otro».

¿Hasta qué punto es exacta esta teoría del ilustre autor de «Primeros principios»?

No lo sé. Lo que dice de los orígenes de la moda, quizá pueda discutirse. Pero parece que no admite discusión la conclusión a que llega; parece indudable que los actuales legisladores del buen tono, lejos de ser ya una selección de personas inteligentes, finas, de buen gusto, son una lamentable cuadrilla de tontos «bien», gobernada por unas modistas y unos sastres «vivos».

¿Cómo explicarse sino la moda del reloj en el tobillo, la moda de la melena corta, la moda de las «trincheras» con manchas, la moda de las medias de color de añil?

Vicente SANCHIZ-OCANA.

Madrid.

Visado por la censura